
TERCERA PARTE

LIBRO PRIMERO

Después de la muerte.—Shakespeare.—Inglaterra.

I.

En 1784 Bonaparte tenía quince años. Acababa de llegar á la Escuela militar de París, procedente de Briene, acompañado de un religioso mínimo, y subió ciento sesenta y tres escalones cargado con la maleta de viaje, hasta llegar al aposento que le habían destinado. Su cuarto tenía dos camas y un ventanillo que daba al espacioso patio de la Escuela. Las paredes estaban blanqueadas con cal, pero poco limpias, porque los alumnos que las ocuparon antes de Bonaparte se entretuvieron en emborronar con carbon las cuatro inscripciones siguientes, que el recién llegado leyó y que nosotros también leímos hace treinta y cinco años:—“Cuesta mucho trabajo ganar una charretera,, de *Montgivray*.—“El día más hermoso de la vida es el día de una batalla,, el vizconde de *Tintinniac*.—“La vida no es más que una continua farsa,, el conde de la *Villete*.

Si donde dice “una charretera,, hubieran escrito “un imperio,, sin hacer gran alteración hubieran predicho en cuatro palabras todo el destino de Bonaparte, y las cuatro inscripciones hubieran sido una especie de *Mane, Thecel, Fhares*, escrito de antemano en aquella pared. El menor de los Desmanzis, que fué el compañero de habitación de Bonaparte y que ocupaba la segunda cama del aposento, le vió coger un lápiz y dibujar bajo las inscripciones que acababa de leer un boceto de su casa de Ajaccio, y al lado de la casa, sin saber que se acercaba á la isla de Córcega, otra isla misteriosa, oculta entonces en las nieblas

del porvenir, y volvió á escribir la última de las cuatro sentencias:—“*Todo concluye bajo seis piés de tierra*,,.

Bonaparte tenía razón: para el héroe, para el soldado, para el hombre de la materia, todo acaba bajo seis piés de tierra; pero para el hombre de la idea todo empieza allí.

La muerte es una fuerza.

Para el que no tiene otra actividad que la del espíritu, es la tumba la eliminación del obstáculo. Morir es ser omnipotente.

El hombre de guerra es un sér temible; mientras está en pié, la tierra enmudece; su gesto atrae la exterminación; millones de hombres le siguen, prurumpiendo en espantosa gritería; no es un hombre, es un conquistador, un rey de reyes, un emperador, una brillante corona de laureles, que pasa despidiendo relámpagos y dejando ver entre las hojas el indefinido perfil de un César. La visión es magnífica y terrible; pero sobreviene una inflamación al hígado ó una desolladura del piloro y todo concluye bajo seis piés de tierra. El espectro solar se desvanece. La vida tumultuosa cae en el abismo, y el género humano prosigue su ruta, dejando tras de sí aquella nada. Si el hombre tempestad quebranta con fortuna los pueblos, como Alejandro la India, Carlo-Magno la Escandinavia y Bonaparte la antigua Europa, llega á la posteridad ese recuerdo. Pero cuando un transeunte cualquiera, que ha reflejado en su frente el ideal, pasa por el mundo; cuando un hombre pobre y miserable como Homero deja caer en la oscuridad una palabra y muere, esa palabra se convierte en estrella.

Aquel vencido, arrojado de una población á otra, se llama Dante Alighieri; aquel expatriado se llama Esquilo, aquel

prisionero se llama Ezequiel, aquel cautivo con alas es Cervantes. ¿Sabéis quiénes son los que van delante de vosotros? El enfermo es Tirteo, el esclavo es Plauto, el desgraciado es Espinosa y el criado es Rousseau. Pues esa enfermedad, esa servidumbre, esa desgracia y esa debilidad constituyen la fuerza, pero la fuerza su- prema, el espíritu.

El espíritu no se extingue por estar en un estercolero, como en Job, ó amenazado por el palo, como en Epicteto, ó por el desprecio, como en Molière. El califa Almanzor hace que el pueblo escupa el rostro de Averroes á la puerta de la mezquita de Córdoba; el duque de York escupe en persona á la cara de Milton; un Rohan, casi príncipe, intenta asesinar á Voltaire á bastonazos. Se destierra á Descartes de Francia por la influencia de Aristóteles; el Tasso paga con veinte años de calabozo un beso dado á una princesa; Luis XV encierra á Diderot en Vincennes; pero estos son incidentes pasajeros. Esos príncipes, esos reyes, esas apariencias que se tomaban por realidades, se disipan y no queda más que lo que debe quedar, el espíritu humano á una parte, los espíritus divinos á la otra; la verdadera obra y los verdaderos obreros, la sociabilidad completándose y fecundándose, la ciencia indagando la verdad, el arte creando lo bello y la vida inferior aspirando á la vida superior. Es indispensable abordar las cuestiones reales; la del progreso en la inteligencia y por la inteligencia que necesita el concurso de los poetas, de los profetas, de los filósofos y de los pensadores. El mundo se ha apercebido ya de que la filosofía es un alimento y la poesía una necesidad. Si renunciáis á los poetas, renunciáis á la civilización. Ha llegado ya la época en que el género humano cuente con el histrion que se llama Shakespeare y con el mendigo que se llama Isaías.

Cuando son invisibles es cuando los tenemos más presentes. Esos seres viven después de muertos.

Cómo vivieron? qué sabemos de ellos? Algunas veces muy poco, como pasa con Shakespeare, y otras veces nada, como acontece con los que pertenecen á las edades primitivas. Ha existido Job? ¿Homero es uno ó varios? Meceriace dice que Esopo era bien configurado y Plaundo asegura que tenía joroba. ¿Será verdad que el profeta Oseo, para demostrar el amor de su patria, hasta cuando cayó en el oprobio y se convirtió en infame, se casó con una prostituta y puso á sus hi-

jos los nombres de Duelo, Hambre, Vergüenza, Peste y Miseria? ¿Será verdad que deba dividirse en dos la cuna de Hesiodo, entre Cunes en la Eolida, donde se supone que nació, y entre Asra en Beocia, donde se cree que se educó? Velleo Paterculus asegura que vivió veinte años después de Homero, y Quintiliano dice que fué contemporáneo. ¿Cuál de los dos está en lo cierto? Nada importa no saberlo. Esos poetas murieron, pero su pensamiento vive.

Más se ocupan ahora de ellos que cuando vivían. Los demás muertos descansan, pero los génius trabajan; trabajan en nuestros espíritus, elaborando la civilización.

Todo concluye bajo seis piés de tierra; no, todo comienza, todo germina, brota y sale de allí. Esa máxima solo reza con vosotros, hombres de espada, que desapareceis y os pudrís. En vida los dorados, las armaduras, los tambores, las trompetas, las banderas desplegadas y el estrépito ilusionan á la muchedumbre, que se admira de todo eso porque cree que tiene grandeza, y aclama al que lleva casco ó coraza y viste brillantes atavíos. Pero la hora de la muerte es la hora de las diferencias. Juvenal puede colocar á Anibal fácilmente en la palma de su mano.

No es César, sino el pensador, quien puede decir espirando: *Deus fio*. Mientras es hombre, la carne se interpone entre él y sus semejantes, que la carne es la nube que cubre al génio. Llega la muerte y disipa la nube y al hombre ilumina la clara aurora del génio. Lo que en él era desconocido se manifiesta en todo su esplendor. Para que su espíritu irradie toda la luz, es necesario que muera. El género humano comienza á deslumbrarse cuando lo que era génio se convierte en alma.

Mientras vive siembra desconfianzas porque le tratan y le conocen. Camina con la humanidad por la tierra, pesa, perturba y estorba. Importuna el que tiene demasiada presencia. Los hombres no le consideran como semejante ni le quieren bien; pero cuando muere cesa de causar molestias y envidias. Era un competidor mientras vivía; cuando muere pasa á ser un bienhechor, convirtiéndose en *hombre irreparable*, según la frase feliz que Lebrun dijo refiriéndose á Montesquieu. Voltaire, que era grande en el siglo diez y ocho, es más grande todavía en el siglo diez y nueve. La fosa es un crisol, y el puñado de tierra que se arroja

en ella pasa por la criba las reputaciones y las purifica. La gloria de Voltaire perdió lo que tenía de falso y conserva lo que tenía de verdadero. Perder lo falso equivale á ganar. Voltaire ya no es poeta lírico, cómico ni trágico; solo es el crítico indignado contra el antiguo mundo, el reformador de las costumbres que trata de dulcificar la vida de sus semejantes. Voltaire decae como poeta, pero crece como apóstol; ha sido más útil que bello. Los que como el Dante y Shakespeare han producido lo bello, sobrepujan á Voltaire, pero hasta debajo de los poetas el sitio del filósofo tiene gran altura, y Voltaire es filósofo; es el sentido común que dá golpes sin cesar. Exceptuando en literatura, en todo lo demás es un buen juez.

Tales son los efectos que produce la tumba en las grandes inteligencias; dejan al morir tras sí estela luminosa. Su desaparición resplandece. La muerte les dá autoridad.

II.

Shakespeare constituye la mayor gloria de Inglaterra. Inglaterra tiene en la política á Cromwell, en filosofía á Bacon, en ciencia á Newton, que son tres elevadísimos ingenios; pero á Cromwell se le tacha de cruel, á Bacon de bajeza, y de Newton debemos decir que el edificio que construyó se arruina en la actualidad. Shakespeare permanece siendo puro, lo que no le sucede á Cromwell, ni á Bacon, y su obra es indestructible, lo que no le sucede á Newton. Además, como génio raya á mayor altura. Por encima de Newton están Copérnico y Galileo; por encima de Bacon, Descartes y Kant; por encima de Cromwell, Danton y Bonaparte; por encima de Shakespeare no está nadie; tiene quien le iguale, pero no quien le supere. Su ciudad natal es una ciudad predilecta; Stratford sobre el Avon tiene la certeza que no tienen Esmirna, Rodas, Colofon, Salamina, Chio, Argos y Atenas, las siete ciudades que se disputan el nacimiento de Homero.

Shakespeare es un espíritu humano, pero también un espíritu inglés, tan esencialmente inglés, que llega hasta favorecer á los reyes detestables que presenta en escena cuando son ingleses, y á rebajar á Felipe Augusto delante de Juan Sin Tierra, y á crear expresamente al miserable Falstaff para que pesen sobre él las iniquidades del joven Enrique V.

Es tan inglés que trata de atenuar la conducta de Enrique VIII; verdad es que no le perdía de vista la reina Elisabet. Pero insistiremos en que, al mismo tiempo que poeta inglés, es un génio humano, y de esto dimana su grandeza.

Inglaterra es egoísta. El egoísmo es una isla. Lo que le falta á la Albion, que está entregada enteramente á sí misma, y que hace que los otros pueblos la miren muchas veces con recelo, es carecer de grandeza desinteresada; pero Shakespeare se la dá, y cubre con su manto de púrpura los hombros de su patria. Shakespeare es cosmopolita y universal por su fama, que se desborda por todas partes de la isla y del egoísmo. Quitadle Shakespeare á Inglaterra y vereis cómo disminuye la reverberación luminosa de esa nación. Shakespeare modifica la fisonomía inglesa y hace desaparecer de ella la semejanza que tiene á Cartago.

Es extraña la significación de la aparición de los génius. Ni Esparta ni Cartago han dado á luz un gran poeta. Este es el veredicto más grave que puede pronunciarse contra ambas ciudades. Meditad sobre esto y conoceréis que Esparta fué el pueblo de la lógica y Cartago el pueblo de la materia; pero ni aquella ni ésta fueron el pueblo del amor. Cartago inmoló á sus hijos por medio de la espada y Esparta sacrificó á sus vírgenes por medio de la desnudez; aquella mató la inocencia y ésta el pudor. Cartago solo conoció sus fardos y sus cajas y Esparta solo conoció la esclavitud de la ley. Por ella murieron los trescientos de las Termópilas. Cartago fué dura, Esparta fría; eran dos repúblicas de granito. No conocieron los libros. Dios, que nunca se equivoca, no quiso sembrar génius en tierras tan infecundas. No fructifica el trigo en las rocas.

Esparta y Cartago, sin embargo, fueron heroicas; cuando necesitaron mártires ó capitanes los tuvieron. En la primera nació Leonidas, en la segunda Anibal; pero ninguna de las dos fué la cuna de Homero: les faltó ese no sé qué tierno de lo sublime que hace brotar de las entrañas del pueblo al poeta. Esa ternura latente, ese *febile nescio quid*, lo tuvo Inglaterra. Lo prueba Shakespeare; también lo podría probar Wiberforce.

Inglaterra, que es comerciante como Cartago y legal como Esparta, vale más que ambas. Tiene en su favor la excepción augusta del poeta. Haber conce-

bido á Shakespeare engrandece á Inglaterra.

A este génio corresponde sitio preeminente entre el número de los elegidos, que de vez en cuando se aumenta con un recién llegado esplendoroso, que coronan una civilización y que iluminan con resplandor intenso al género humano. Shakespeare equivale á una legión. Pesa él solo más en la balanza que todo el hermoso siglo diez y siete francés, y casi tanto como el diez y ocho.

Cuando el viajero desembara por primera vez en Inglaterra, lo primero que con la vista busca es la estatua de Shakespeare y se encuentra con la estatua de Wellington.

Wellington es un general que ganó una batalla famosa en colaboración con la suerte.

Si el viajero insiste en buscar, le acompañan á ver á Westminster, donde están enterrados muchos reyes, y en donde se encuentra un rincón que llaman *el rincón de los poetas*. Allí, á la sombra que proyectan cuatro ó cinco monumentos desmesurados, resplandecientes de mármol y de bronce, de régios personajes desconocidos, os enseñan una figurita colocada sobre raquíptico zócalo, á cuyo pié se lee: GUILLERMO SHAKESPEARE.

En Inglaterra abundan las estatuas. Las tienen Carlos, Eduardo y Guillermo; hay estatuas de tres ó cuatro Jorges distintos, uno de los cuales era idiota; tiene estatuas de Richmond en Huntly, de Napier en Portsmouth, de Jather Mathew en Cork, y de Herbert Yugram, de mister Pitt y de mister Peel.

En todas partes y á cada paso, en calles y plazas, se levantan gigantes con signos de admiración en forma de columnas de honor; tienen columna el duque de York, Nelson y Wellington; tiene columna cualquiera que haya arrastrado un sable. En la isla de Guernesey, á crillas del mar, sobre un promontorio, se levanta una columna parecida á un faro, que es casi una torre. ¿Para quién se erigió? Para Doyle. Quién fué Doyle? Un general. Qué hizo? Construir algunos caminos. Con su dinero? No; con el dinero de los vecinos. Pues merece una columna, y no la tienen Shakespeare, Milton ni Newton. De Byron no hablemos; su nombre es obsceno para el país. ¿De este modo es Inglaterra, esa nación ilustre y poderosa!

III.

La gloria de Shakespeare vino á In-

glaterra del exterior, y casi puede precisarse el día y la hora en que su fama desembarcó en Douvres. Fué preciso que transcurrieran trescientos años para que Inglaterra oyese estas dos palabras que el mundo entero le decía al oído: *Guillermo Shakespeare*.

Elisabet es una completa encarnación de la Inglaterra. Admirando á Elisabet, Inglaterra se mira en su propio espejo. Elisabet es virgen, como Inglaterra es isla; es altiva y magnánima, llena de extrañas hipocresías; es orgullosa con habilidad, humilde con audacia; la rodean favoritos, pero no señores. Es dueña de sí misma hasta en las horas del sueño; es omnipotente como reina é inaccesible como mujer, y se titula como Inglaterra: *Emperatriz del mar*. Los tenebrosos abismos de donde surgen las iras que decapitan á Essex y las tempestades que sumergen á la armada Invencible, libran á la virgen y á la isla. Elisabet caracteriza el génio de Inglaterra. Celebra alianzas con todos, lazos conyugales con ninguno; su objeto es vivir, reinar, estar sola, manteniéndose siempre á cierta distancia del universo. Es la reina singularísima de una nación admirable.

Shakespeare, por el contrario, es carácter simpático. El insularismo constituye su ligadura, pero no su fuerza; lo rompería si pudiera. Dando un paso más hubiera sido europeo. Ama y elogia á la Francia, y la llama "el soldado de Dios". En su nación recatada, él es el poeta libre.

Inglaterra tiene dos libros; uno que la ha constituido y otro que ella ha creado. La Biblia y Shakespeare; pero estos libros no viven en buena armonía y la Biblia combate al poeta inglés.

La Biblia, como libro literario del Oriente, más exuberante en poesía que el mismo Shakespeare, fraternizaría con él; pero como libro social y religioso, le aborrece. Shakespeare piensa, sueña y duda. Encierra algo de lo que tenía Montaigne, á quien admiraba. El *To be or not to be* nace del *Qué sé yo!*

Además, Shakespeare inventa, y esto es grave error. La fé excomulga á la imaginación. En materia de fábulas y de invenciones, la fé es mala compañera de vecindad, porque no tolera más que las suyas. Recordad á propósito de esto el palo con que Solon amenazó á Thespis y la tea con que Omar incendió la biblioteca de Alejandría. La situación es siempre la misma. El fanatismo moderno ha

heredado aquel palo y aquella tea. Esto es verdad en España y no es falso en Inglaterra. Yo he oído á un obispo anglicano discutir sobre la *Iliada* y condensar todos sus cargos en la siguiente frase, con la que anonadó á Homero: *Eso no es verdad*. Y Shakespeare es más que Homero, es sencillamente un "embustero".

Hay dos palabras contra Shakespeare que han hecho fortuna en Inglaterra; estas palabras son: *Improper* y *shocking* (1). Notad de paso que en multitud de pasajes la Biblia es también *improper* y la Escritura Santa *shocking*. Los profetas, que son poetas iracundos, no conocen límites para usar frases desnudas. Pero Inglaterra, que habitualmente lee la Biblia, no las nota. Los fanatismos se hacen los sordos. De esa incurable sordera dá muestras la ortodoxia romana, no consintiendo que Jesucristo haya tenido hermanos y hermanas, aunque así lo consignan con claridad los cuatro evangelistas. Mateo dice: *Ecce mater et fratres ejus stabant foris... Et fratres ejus Jacobus et Joseph et Simon et Judas. Et sorores ejus nonne omnes apud nos sunt.* Marcos escribe: *¿Nonne hic est faber, filius Mariæ fratres Jacobi et Joseph et Judas et Simonis? ¿Nonne et sorore ejus hic nobiscum sunt?* Lucas añade: *Venerunt autem ad illum mater et fratres ejus.* Y Juan, por último, dice: *Ipse et mater ejus et fratres ejus... Neque enim fratres ejus credebant in eum... Ut autem ascenderunt fratres ejus.*

El catolicismo se hace el sordo y no lo oye.

El puritanismo tiene para Shakespeare los oídos delicados, porque le parece "algo pagano como todos los poetas", como dice el reverendo John Wheeler. La tolerancia y la inconsecuencia son hermanas gemelas. Por otra parte, cuando se trata de condenar, no hace falta la lógica; cuando Shakespeare, por boca de Otelo, llama á Desdémona *whore* (2), levanta indignación general y produce gran escándalo: las sectas bíblicas se tapan los oídos, sin recordar que Aaron dirige exactamente el mismo epíteto á Séfora, mujer de Moisés. Ciertamente esto se consigna en un apócrifo en la *Vida de Moisés*; pero los apócrifos son libros tan auténticos como los canónicos.

Por lo que acabamos de decir, Inglaterra conserva para Shakespeare un fon-

do de frialdad inconcebible; sigue siendo para ella lo mismo que fué para Elisabet. Esta es nuestra opinión, que quisieramos ver desmentida.

Inglaterra cuenta con la extraña institución de "el poeta laureado", que registran las admiraciones oficiales y hasta cierto punto nacionales. En el reinado de Elisabet, y viviendo Shakespeare, el poeta laureado de Inglaterra era Drummond.

Indudablemente no estamos ya en aquellos tiempos en que se anunciaba al público: *Macbeth, obra de Shakespeare, arreglada por sir Williams Davenant*. Pero hoy mismo acude poco público cuando se representa el *Macbeth*; Kean y Macready han fracasado intentándolo.

Hoy día no se puede representar en Inglaterra ninguna obra de Shakespeare sin descartar la palabra Dios donde quiera que se encuentre. El lord Chambelan fiscaliza á Shakespeare en pleno siglo diez y nueve. En Inglaterra no se pronuncia el nombre de Dios fuera de la Iglesia. En conversacion no se dice *God*, sino *Goodness* (Bondad). En las ediciones y en las representaciones de las obras de Shakespeare se sustituye la palabra *God* por la de *Heaven* (Cielo). No importa que el verso deje de serlo y que el sentido sea ininteligible. La tétrica exclamación de Desdémona agonizante: "¡Señor, Señor, Señor! (*Lord, Lord, Lord!*)", fué suprimida por orden de la autoridad en la edición de Blount y Jaggard de 1623. Los actores no la repiten en escena. ¡*Dulce Jesús!* sería una blasfemia; así es que una beata española se vé obligada á exclamar en el teatro inglés: *Dulce Júpiter!* Si se cree que exageramos, consúltese *Medida por medida*. Aparece una monja, Isabel, invocando á Júpiter. Shakespeare habia escrito *Jesús*.

Ha mejorado indudablemente el tono de cierta crítica puritana al juzgar á Shakespeare, pero no le trata aun como se le debe tratar. Hace pocos años, un economista inglés, que gozaba de autoridad y solía escribir estudios literarios sobre cuestiones sociales, afirmó en una digresion, sin perder su acostumbrado aplomo, lo siguiente: "Shakespeare no puede vivir porque en general ha tomado asuntos extraños ó antiguos, como por ejemplo: *Hamlet, Otelo, Romeo y Julieta, Macbeth, Lear, Julio César, Coriolano, Timon de Atenas*, etc. etc., siendo así que en literatura solo son viables las cosas de observacion inmediata y las obras que versen sobre asuntos contemporá-

(1) Sucio y chocante.

(2) Ramera.

neos. ¿Qué os parece esa teoría? Inútil es decir que ha tenido adhesiones en Inglaterra y propagandistas en Francia. Además de Shakespeare, excluye sencillamente de la "vida," literaria á Schiller, á Corneille, á Milton, al Tasso, al Dante, á Virgilio, á Eurípides, á Sófocles, á Esquilo y á Homero. Verdad es que coloca en la gloria á Aulu-Gelle y á Restif de la Bretonne. Oh crítico! Tienes razon; Shakespeare no es viable, es inmortal.

Otro crítico, tambien inglés, pero de la escuela escocesa, puritano, perteneciente al grupo de descontentos que capitaneaba Knox, declaraba por entonces que la poesía era cosa pueril; que la belleza del estilo era un obstáculo que se oponía entre la idea y el lector; que el monólogo de Hamlet era "lirismo frío," y el adios de Otelo á las banderas y al campamento "una declamación," y comparaba las metáforas de los poetas con las estampas de los libros que solo sirven para divertir á los muchachos, despreciando profundamente á Shakespeare, porque desde el principio hasta el fin sus obras estaban plagadas de esta clase de estampas.

No hace mucho, precisamente en Enero de este mismo año, un culto periódico de Lóndres preguntaba quién era más célebre en Inglaterra, Shakespeare ó Calcraft el verdugo:—"Hay ciertas localidades en este ilustrado país, en las que si pronunciais el nombre de Shakespeare os contestarán: "No sé quién puede ser ese Shakespeare que arma tanto ruido; pero apuesto cualquier cosa á que le vence Hamner Lone por cinco libras." Pero saben quién es el verdugo." (*Daily Telegraph*, 13 Enero 1864.)

IV.

De todos modos Shakespeare no tiene aun el monumento que Inglaterra le debe.

Digamos de paso que Francia es poco más ó menos lo mismo. Otra gloria distinta de Shakespeare, pero tan grande como la de éste, Juana de Arco, espera hace mucho tiempo un monumento nacional digno de ella.

La tierra de la Galia tiene católica é históricamente por patronas dos figuras augustas, María y Juana: una de ellas es santa, es la Virgen; la otra es heroica, es la Doncella de Orleans. Luis XIII entregó la Francia á la primera y la otra rescató á la Francia. El monumento de

la segunda debe ser tan grandioso como el de la primera; Juana de Arco reclama un monumento tan notable como Nuestra Señora de Paris. Inglaterra está en deuda con Shakespeare y Francia con Juana de Arco.

Semejantes ingratitudes deben denunciarse. La principal responsabilidad debe recaer en las actuales aristocracias gobernantes, que tratan de vendar los ojos de las masas; pero la conciencia lo mismo existe en los pueblos que en los individuos, y la ignorancia debe tomarse todo lo más como circunstancia atenuante: cuando la justicia se desconoce durante siglos, son responsables los gobiernos, pero por culpa de las naciones. La justicia nos obliga á decir la verdad á los pueblos. Francia é Inglaterra obran mal.

Adular á los pueblos sería peor que adular á los reyes; la adulación á los unos supone baja y á los otros cobardía.

Los pueblos no tienen el derecho de acusar indefinidamente por sus faltas á los gobiernos. Aceptar la opresión acaba por suponer en cierto modo complicidad: la pusilanimidad de un pueblo, cuando llega á soportar un yugo, del que pudiera libertarse haciendo un esfuerzo de voluntad, traspasa los límites de la paciencia que deben tener los hombres honrados; entre el gobierno que hace el mal y el pueblo que lo consiente hay cierta solidaridad vergonzosa. El sufrimiento es venerable, pero el yugo no se debe sufrir. Dicho esto, prosigamos.

Notemos esta coincidencia singular: Voltaire, que reniega de Shakespeare, insulta tambien á Juana de Arco; y Voltaire, lo confesamos con alegría y con tristeza al mismo tiempo, encarna el espíritu francés. El espíritu francés, pero solo hasta la revolucion. Porque desde la revolucion, á medida que Francia se emancipa, el espíritu francés se agiganta y tiende á ser el espíritu europeo; es menos local y más fraternal, menos galo y más humano. Cada día representa más Paris el corazón del mundo. Voltaire continúa siendo lo que era, el hombre del porvenir, pero tambien el hombre del pasado; una de esas glorias que unos reconocen y que otros niegan: tiene en contra suya haberse burlado de Juana de Arco y de Shakespeare, y el ridículo que trató de echar contra ellos, la posteridad lo vuelve contra él.

V.

Después de todo, ¿para qué necesita Shakespeare un monumento? La estatua que se ha levantado á sí mismo, teniendo por pedestal á Inglaterra, vale más que el mejor mausoleo.

El mármol y el bronce no pueden hacer que brille más su gloria ni aumentar un codo su grandeza. ¿Puede haber bóveda tan indestructible como la que forma *El cuento de invierno*, *La tempestad*, *Las alegres comadres de Windsor*, *Los dos hidalgos de Verona*, *Julio César* y *Coriolano*? ¿Puede haber monumento más grandioso que *Lear*, ó más terrible que *El mercader de Venecia*, ó más deslumbrador que *Romeo y Julieta*, ó más rico que *Ricardo III*? ¿Hay luna que pueda alumbrar este edificio con luz tan misteriosa como la de *El sueño de una noche de verano*? ¿Qué capital, aunque sea Lóndres, puede producir á su alrededor rumor tan gigantesco como el alma tumultuosa de *Macbeth*? ¿Qué maderamen de cedro ó de encina durará tanto como el *Otelo*? ¿Qué bronce será tan indestructible como el *Hamlet*? No hay construcción humana de hierro ni de bronce que dure lo que el aliento profundo del genio, que es la respiración de Dios al través del hombre. El cerebro que encierra una idea es una cúspide superior á los monumentos de piedra y de ladrillo. ¿Qué edificio iguala á un pensamiento? La torre de Babel es más baja que Isaías, la pirámide Cheops es más pequeña que Homero, el Coliseo es inferior á Juvenal, la Giralda de Sevilla es más enana que Cervantes, San Pedro de Roma no tiene la altura del Dante. ¿Cómo podríais levantar una torre que fuera tan alta como Shakespeare?...

Imaginaos por un instante que se le construye un monumento magnífico ó un arco triunfal, un obelisco, una catedral, un circo, y que en el centro se levanta un pedestal. No hay pueblo más noble ni más magnánimo que el pueblo inglés. Juntad las ideas de Inglaterra y de Shakespeare y después levantad un edificio sobre ellas. Sería de ver á una nación como esa conmemorando á un hombre como Shakespeare. Imaginad el monumento y el acto de la inauguración. Concurren los pares y los diputados de la Cámara de los Comunes, offician los obispos, los príncipes forman el cortejo y la reina asiste. La virtuosa señora es en la que el pueblo inglés, monár-

quico si los hay, contempla y venera su propia personificación actual; la digna madre, la noble viuda se inclina ante la majestad ideal con el respeto profundo que tan bien cuadra á la majestad material; la reina de Inglaterra saluda á Shakespeare; el homenaje tributado por Victoria es como la reparación del desden de Elisabet. Quizá no esté lejos de allí la figura de ésta esculpida bajo una cornisa al lado de Enrique VIII, su padre, y de su sucesor Jacobo I, cuyas figuras son enanas ante la grandeza de la del poeta. Suena el estampido del cañon, descórrase el paño que cubre la estatua, la cual aparece como diciendo: ¡Por fin! engrandecida por la sombra de trescientos años, de tres siglos, que supone en un coloso un desarrollo inmenso. Para hacer esa estatua se han utilizado las de York, Cumberland, Pitt y Peel: se han destruido una porción de estatuas de hombres que no las merecian; se han fundido los monumentos de los Enriques y los Eduardos, de los Guillemos y de los innumerables Jorges; se ha echado abajo el Aquiles de Hyde-Park. La figura de Shakespeare es tan grande como la de un Faraon ó la de un Sesostris. El sonido de las campanas, el estrépito de los tambores, los acordes de las músicas, los aplausos y los hurras hien den los aires.

Y qué?

Todo eso honraria á Inglaterra, pero sería completamente indiferente á Shakespeare.

¿Qué vale el saludo de la monarquía, de la aristocracia, del ejército y del pueblo inglés, para quien ha conseguido la aclamación de los siglos y de los hombres? ¿Qué oración del obispo de Lóndres ó del arzobispo de Cantorbery equivale al grito que Desdémona arranca á una mujer, Arturo á una madre ó Hamlet á un alma?

Si la opinion universal reclama con insistencia un monumento para Shakespeare, no es por él, es por Inglaterra. Hay ocasiones en que el pago de una deuda importa mucho más al deudor que al acreedor.

Un monumento es una enseñanza. Es bueno que los transeuntes sepan que existen grandes hombres. Los que no saben leer, miran; encuentran á su paso un pedestal y sin querer levantan la vista; si saben leer la inscripción: los que no fijan la atención en un libro, la fijan en una estatua. Pasando un día por el puente de Rouen, en donde está colocada